

**UN TIEMPO INCIERTO.
LA SOCIALIZACIÓN EN EL TRABAJO EN UN CONTEXTO DE
TRANSFORMACIONES**

María Eugenia Longo

Becaria CONICET, en el Área de Identidad y Representación del CEIL-PIETTE, CONICET.

Saavedra 15, 4º piso (C.P. 1083), Capital Federal.

Mail: meugenialongo@yahoo.com.ar

Esta ponencia pretende poner en discusión algunas ideas y premisas para el estudio de la dimensión temporal de las identidades, especialmente con relación al espacio de trabajo y a sus consecuencias sobre el proceso general de construcción de la identidad.

El propósito es sugerir un marco teórico que pueda ser aplicado a casos concretos dentro del mundo del trabajo, es decir, sentar bases conceptuales para estudios empíricos¹. En esta instancia, pretendo formular preguntas y dejar planteadas algunas ideas acerca de los caminos más fructíferos para indagar estos temas.

Las actuales transformaciones en el mundo del trabajo corroen ciertos cimientos estables y seguros que sirvieron de base para la construcción de la subjetividad. En esta ponencia interesa analizar especialmente la dimensión temporal tanto de las transformaciones como de las consecuencias sobre la identidad. Comenzaremos analizando el eje del tiempo en la identidad, para luego exponer los cambios estructurales y las consecuencias de las condiciones sociales de producción de la subjetividad.

¹ La investigación para la cual se está elaborando este marco teórico, trata sobre la construcción de proyectos sociolaborales de jóvenes cuya inserción laboral ocurre en un contexto de profundo socavamiento de bases estables y seguras dentro del mundo del trabajo. No es posible aun brindar resultados y por eso nos atenemos en esta ponencia exclusivamente a discutir algunas ideas teóricas.

1. Identidad y tiempo

1.1. La noción de identidad

Si bien interesa centrarnos en la dimensión temporal de la identidad, nuestro planteo se ubica en determinada concepción general de esta última. Por eso, resumiendo e intentando complementar diversas discusiones, podemos decir, que para poder analizar los procesos identitarios sin caer en reduccionismos, es necesario pensar la identidad a partir de las siguientes características:

- La identidad es un proceso dinámico.

La identidad no debe ser entendida como dada una vez y para siempre ni como una suma pasiva de roles a lo largo de toda la vida de las personas; es en cambio una negociación interactiva y significativa.

- La identidad es el producto de una articulación entre una dimensión personal y otra relacional.

La identidad, tomando la definición de Claude Dubar (2000), es una construcción/reconstrucción entre dos procesos y dimensiones de las personas: lo biográfico y lo relacional. El sujeto construye su identidad a partir de una transacción interna al individuo, delineando “qué tipo de persona uno quiere ser” en correspondencia con su biografía; y una transacción externa entre el individuo y las instituciones y grupos a los que pertenece, a través de la cual se perfila “qué tipo de persona uno es”, y con ello a qué definición oficial corresponde.

De esta manera y a través del conjunto de representaciones sociales que conforman por un lado los actos de pertenencia y por otro los de atribución, el sujeto edifica en una misma identidad dos dimensiones de sí: la identidad para sí y la identidad para otro. Ambos aspectos de la identidad son inseparables y se construyen en un proceso continuo en el que el sujeto y su entorno se entretrecienden y determinan.

La distinción entre lo biográfico-personal y lo relacional-social, debe comprenderse solamente en un plano analítico. La identidad es el resultado contingente de la articulación de esas dos dimensiones, realizada en el plano del discurso. Es decir, dicha articulación, se procesa en el nivel simbólico de las representaciones.

- La identidad es el resultado de los diversos procesos de socialización.

La identidad, retomando a Dubar (2000), es el “resultado a la vez estable y provisorio, individual y colectivo, subjetivo y objetivo, biográfico y estructural de los diversos procesos de socialización que conjuntamente construyen a los individuos y definen a las instituciones”. La identidad personal se vincula con la capacidad de las personas de diferenciarse de los demás y ser, por ello, únicas e irrepetibles. La identidad grupal, en cambio, nos hace partícipes de la sociedad e influenciados por los procesos históricos de índole política, cultural y económica.

La dimensión relacional, es decir, la “identidad para otro”, es ineludible en un estudio sobre identidad, porque esta última está vinculada a la incesante búsqueda de reconocimiento: el otro es fundante desde las etapas más tempranas de la vida.

- La identidad es un espacio de conflicto, superposición, restricción y oportunidad.

Las identidades se nutren constantemente de identificaciones que cimientan la subjetividad, y con ello construyen microscópicamente las prácticas de cada persona. Las fuentes significativas e identificatorias de la subjetividad pueden ser múltiples, es decir, existe un abanico de discursos interpelantes que materializan actos permanentes de atribución a los sujetos. La familia, como instancia más temprana, provee las identificaciones primarias, que estarán seguidas por otras que emanan de posteriores marcos referenciales presentes a lo largo de toda la vida, como el grupo generacional, el grupo étnico, la formación escolar, la pertenencia política, la comunidad o barrio, la religión, el género y el espacio de trabajo.

Debido a la mencionada multiplicidad de interpelaciones, la identidad no se compone de elementos armónicos, sino que está interceptada por prácticas y discursos diferentes o antagónicos. Pero, precisamente porque las identidades son construidas también a partir del discurso, es necesario entenderlas como producidas en espacios institucionales e históricos específicos (Hall, 1997), que es imprescindible atender en cualquier análisis. Emergen del juego de diferentes modalidades de poder, de procesos de exclusión y de diferenciación, pero también de las diferentes estrategias de reacción e interpretación por parte de los sujetos. Por eso son parte de un proceso de construcción y reconstrucción inagotable, en el que las personas no pierden su papel activo y protagónico.

Diferenciación, identificación y reconocimiento son momentos inseparables y articulaciones del proceso de construcción de identidad, y están situados en el seno de la experiencia conflictual y social de las relaciones humanas (Sanselieu, 1988).

1.2. La identidad es un proceso situado en el tiempo

La identidad (tanto personal como colectiva) como producto histórico, expresa un proceso de construcción y reconstrucción situado en un devenir temporal.

En términos generales, podemos decir que el tiempo es símbolo e institución social, y se constituye para las personas como un **instrumento esencial de orientación** en el mundo (Elias, 1989). Por ello, constituye un eje importante de la construcción de la identidad en la medida que, como elemento orientador, contribuye al entendimiento que los sujetos tienen de sí mismos y de la realidad cercana e histórica en la que se encuentran.

“El tiempo es expresión del intento de los hombres por determinar posiciones, duraciones de intervalos, ritmo de las transformaciones, etc., en este devenir con el objeto de servir a su propia orientación” (Elias, 1989, p.45). Como símbolo expresa la vivencia de que todo cuanto sucede se ubica en un **proceso incesante**.

Además, al ser símbolo e institución, podemos afirmar que existe una “producción social” del tiempo (Lechner, 2002) que se ajusta a una necesidad de orden y coacción social cuyo principal aporte es la sincronización de las prácticas y representaciones individuales y colectivas. En este sentido y como símbolo del devenir, encarna una diversidad de manifestaciones de la existencia, que se traduce en determinadas **prácticas y concepciones** del tiempo (Grossin, 1987). De esta historicidad se deriva que existe una **multiplicidad de “tiempos”** que no pueden ser reducidos a una sola forma y denominación.

Asimismo, por ser símbolo, institución social, práctica y representación situados en la historia, los tiempos son “aprendidos”. Existe un **aprendizaje del tiempo**, de sus pautas y prácticas, sus límites y secuencias, derivado de lo que Monique Hai7cault (1989) denomina la “herencia de lo cotidiano” (aun cuando ese aprendizaje es diferente según el contexto y la historia personal y social). En tanto experiencia aprendida por el sujeto (Elias, 1989), los tiempos son recursos sustanciales (Haicault,

1989) para las definiciones y para la articulación de la identidad; y permiten mediante el uso de las categorías temporales de presente, pasado y futuro, otorgarle **sentido** y buscarle coherencia a la propia subjetividad.

La articulación de las categorías temporales que segmentan analíticamente el tiempo -presente, pasado y futuro- consolida las condiciones sociales de uso, expresión y transformación del tiempo, que conforman las identidades. Como lo ha señalado Z. Laidi (2000), en distintos momentos de la historia se ha tendido a enfatizar o priorizar alguna de estas categorías por sobre otras, el “hombre arcaico” de la antigüedad temporaliza su conciencia en orden al pasado, el “hombre perspectiva” en relación con la espera y al futuro; el hombre presente parece definirse a partir de su actualidad. Estos modos de encadenamiento del tiempo en cada momento le otorgan masivamente rasgos específicos a las identidades personales y a los sistemas de organización social.

Centrándonos ahora sí en la dimensión temporal de la identidad, y volviendo nuevamente a C. Dubar (2002), podríamos decir que en la identidad personal confluyen temporalidades heterogéneas y modos de articulación de las mismas. Los diversos tiempos comprenden: la temporalidad inscrita en nuestro cuerpo y vivida como duración; la temporalidad intersubjetiva, vivida como sincronización de las interacciones cara a cara; y la temporalidad biográfica, vivida como relación entre las unidades de sentido más importantes en la construcción y reconstrucción de la totalidad de nuestro itinerario de vida.

A su vez, existe una “inscripción temporal” de los individuos (Dubar, 2002) definida a partir de: la posición en el ciclo de vida; la cohorte, es decir, la pertenencia a una determinada generación; y el período, es decir, la inscripción dentro de una historia global.

“Situación una persona en el tiempo supone conocer al mismo tiempo su edad (en el sentido de ligazón a una categoría significativa), su generación de referencia (relativa a un corte más o menos arbitrario), y el período histórico en el que ha vivido (dónde ha nacido, la entrada a la vida activa o adulta, etc.). Se trata de tres temporalidades diferentes que privilegian en cada caso, una relación particular: a sí mismo (comprendido dentro de su componente biológico), a los otros (dentro de las

relaciones cara a cara), y a la sociedad global (las instituciones, el tiempo histórico)² (Dubar, 2002).

La primera de dichas temporalidades, subjetiva, está dominada por el presente (implicando duración, es decir, los recuerdos del pasado y las anticipaciones del futuro); la segunda, intersubjetiva, está ligada a los encuentros significativos de su vida, y más generalmente, a los compañeros de las diversas esferas de actividad; la tercera, histórica (objetivada), está ligada a una inscripción dentro de conjuntos más largos, de posiciones y tomas de posición sobre el mundo social y sobre la historia (Dubar, 2002).

Tendiendo puentes entre C. Dubar y la autora italiana Marita Rampazi (1989), en cada una de las mencionadas temporalidades -que como dijimos enfatizan relaciones diferentes- el “tiempo” está presente de distinto modo para la identidad: a) como *duración*, se propone como el terreno donde el individuo, partiendo de su presente, explora aquellos elementos de “continuidad dentro del cambio”, a los cuales anclar el sentido de su identidad; b) como *recurso* para la gestión de los espacios de vida cotidianos, el tiempo es el “precio” de la tensión dialéctica que se desarrolla entre la dimensión social y la dimensión individual de la vida; c) como *horizonte temporal*, traza las fronteras del marco al interior del cual se perfilan las elecciones de vida posibles para el individuo. Las opciones que se diseñan bajo este horizonte son extremadamente diferentes para un mismo individuo, de un individuo a otro, con relación a su significado individual y social, a la profundidad de la proyección en el futuro y el pasado que implican, en los diversos niveles de realidad que los sostienen³.

De acuerdo a M. Rampazi (1989), entonces, el tiempo como duración, recurso para la gestión u horizonte temporal son constituyentes a la acción de una persona. Su correlato en Dubar es que las imágenes de sí, las relaciones con los otros y las visiones del mundo, que implican tiempos heterogéneos, están presentes cada vez que una persona describe su identidad y narra su vida. La importancia dada por Dubar al relato, no implica una subestimación del rol de las instituciones ni de las relaciones sociales dentro de la construcción identitaria, sino que apunta a remarcar una característica del momento actual, en el cual el peso y la responsabilidad de articular dichas

² Traducción textual de la autora de esta ponencia.

³ Traducción no textual de la autora de esta ponencia

temporalidades recaen fuertemente en los sujetos, a partir de una “construcción” -y no una adscripción- que debe presentarse como coherente, legítima y satisfactoria en el discurso.

Con este punto parece coincidir Rampazi (1989). La coherencia para sí y frente a otros de un “proyecto de vida”, entendido como una definición subjetiva “que permite al individuo objetivarse por la acción y darle coherencia a todas sus elecciones efectivas de acción, previstas, y mismo pasadas”, es una de las principales búsquedas en relación con el significado que el tiempo tiene para la identidad. Esta autora, a diferencia de Dubar, pondrá un mayor énfasis en la acción que en el discurso, aunque centrando igualmente el eje en la capacidad que el sujeto tenga para establecer relaciones entre su pasado, su presente y su futuro, y el presente y el futuro de su entorno social.

En este punto nos resta decir que, asimismo, las temporalidades de cada campo de acción social -o sea, las de la segunda de las dimensiones recién planteadas (los espacios de vida)- son diversas, y así como la escuela es uno de los primeros ámbitos de “disciplinamiento temporal”, es decir de imposición y aprendizaje del tiempo compartido con otros y de sus límites, el tiempo de la producción y el trabajo ha constituido un factor clave de ordenamiento y organización temporal.

Con la preeminencia del salariado -alejado para el caso latinoamericano del modelo típico ideal de Robert Castel (1997)-, el mundo del trabajo fue un lugar fecundo donde las identificaciones generadas a partir de diferenciaciones estables en el mercado laboral, contribuyeron a establecer un firme reconocimiento de los sujetos y de su valor dentro de la sociedad. Ello se tradujo -refiriéndonos específicamente a la relación del tiempo y las identidades- en la preponderancia de la temporalidad del trabajo, es decir, sus ritmos, duraciones, latencias, ciclos, etc. por sobre otros tiempos vividos (Schehr, 1999; Gaullier, 1984; Dubar, 2002).

2. Un bosquejo del tiempo moderno

2.1. La temporalidad del mundo del trabajo

Si como ya dijimos el tiempo es una institución social, implica entonces un conjunto de prácticas aprendidas y sostenidas socialmente, mediante pautas y reglas, roles y “posiciones” (en el sentido que Bourdieu, 1993, le da este término), y resulta entonces pertinente analizar configuraciones temporales diferenciadas a través de las épocas y sociedades.

Existen “modelos temporales” es decir, modos de uso históricos del tiempo (Boisard, 1984). Estos modelos conjugan un modo de articulación de las categorías temporales de presente, pasado y futuro y una representación simbólica y social específica que configura cierta matriz. Dicha matriz se construye, además, a partir del modo de conjugar secuencias temporales asociadas a categorías de actividad específicas, por ejemplo, reposo, trabajo remunerado, trabajo doméstico no remunerado y actividades de tiempo disponible, según Boisard (1984), o formación, trabajo y tiempo libre (asociado al esparcimiento en general, pero también a la inactividad de la vejez, según Gaullier (1984).

En el **modelo temporal de la sociedad industrial**, el valor otorgado al tiempo de trabajo remunerado tuvo prioridad en el ordenamiento de la vida de las personas y los grupos. Durante la consolidación (en el siglo XX) de una sociedad centrada en el trabajo y dinamizada espectacularmente por la urbanización, la difusión de una hora oficial en todo un territorio nacional y el consumo, los tiempos consagrados a la producción moldearon preponderantemente identidades y sistemas de organización social.

Los principales trazos de este modelo: la centralidad del tiempo de trabajo, la ideología del tiempo y la dominación del tiempo mecánico, tuvieron como corolarios: la disciplina temporal, la oposición trabajo-tiempo disponible y la segmentación rígida de actividades (Boisard, 1984). Estos rasgos además, fueron condiciones de posibilidad para la producción industrial moderna (más allá de sus modelos de variante taylorista, fordista, etc...) y el desarrollo del capitalismo.

Sin embargo, **las últimas décadas** han visto consolidarse procesos de producción y usos del tiempo que cuestionan este modelo dominante. Las nuevas modalidades de gestión y organización del trabajo, las modificaciones de consumo del tiempo libre, las transiciones entre juventud-adulthood y adulthood activa-vejez inactiva, han impreso modalidades temporales propias al trabajo y la vida de las personas (en la medida que como lo formula Xavier Gaullier, 1984, el estudio de los tiempos sociales no puede estar disociado del estudio de las edades).

Siguiendo a X. Gaullier (1984), podemos precisar que los tiempos de trabajo se transforman en su “naturaleza” (condiciones de trabajo, tecnología, gestión del personal...), en su administración (horarios...), sus ritmos (neo-taylorización), su duración (reducción del tiempo de trabajo, jubilación avanzada, desempleo). Además, se precariza (debido a una multiplicidad de estatus, y a

la segmentación...) y se diversifica (tercer sector, economía subterránea, trabajo en negro, economía doméstica...). El paradigma del empleo definido por el trabajo asalariado, único y estable, con una perspectiva de carrera continua y progresiva y un vínculo salarial cerrado se modifica; poniéndose al servicio de la optimización temporal de la movilización de factores productivos, la extensión de la duración de funcionamiento de los equipamientos, y la producción de riqueza concentrada aunque producida a partir de la deslocalización.

Estas modalidades flexibles, descentralizadas pero concentradas, disciplinarias, e inmateriales de la producción capitalista, se han traducido en nuevas relaciones de los trabajadores con la actividad, con la unidad y el espacio de producción y con los demás trabajadores y jerarquías. Esto conlleva formas de socialización en el trabajo con ciertas peculiaridades, que además se dan en un marco de otras transformaciones de las bases de la existencia misma.

El tiempo de trabajo pasa a ocupar una posición menos central y su flexibilización permite una administración del tiempo en función de otras actividades. El tiempo libre aumenta su duración, se reparte de maneras diferentes y diversifica su estatus: vacaciones, desempleo, inactividad, jubilación, pre-jubilación, modificando también su contenido: trabajo doméstico, esparcimiento, compromisos de otra índole (políticos, cívicos, en organizaciones civiles...) y también una multiplicación de actividades que no son en el sentido estricto ni trabajo profesional remunerado ni esparcimiento. Al mismo tiempo, si la formación (aunque diferenciada según grupos sociales y zonas geográficas) servía para delimitar un período de la vida de las personas, el paradigma de la formación “permanente”, lleva a que el tiempo de la formación concierna a todas las actividades a lo largo de la vida, y cuestiona el sistema educativo institucional tradicional como las diferentes formas de autoformación y sus relaciones (Gaullier, 1984).

Algunas consecuencias de estos cambios pueden describirse como las características de lo que P. Boisard denomina el “nuevo modelo temporal programado” (Boisard, 1984) en razón de la importancia que cobra la gestión, negociación y programación del tiempo; y porque implica una conflictualidad por el dominio del tiempo, la programación individual del tiempo, cierta fluidez e indiferenciación del tiempo, la constitución de un mercado del tiempo (especialmente del tiempo libre), y la primacía del tiempo como valor.

2.2. Las transformaciones en los basamentos temporales de la existencia

Estos modos de producción, aprendizaje y uso del tiempo dentro del mundo laboral se conjugan y se producen a partir de **procesos macrosociales** más amplios.

Como veníamos diciendo, a partir de los procesos de diversa índole (fuerzas tecnológicas en constante progreso, nuevas configuraciones culturales, requerimientos económicos y materiales de esta etapa del capitalismo) las bases temporales de la realidad se han transformado en su esencia.

Diversos autores han teorizado al respecto, tanto intentado describir el actual “modelo temporal” a un nivel macro; como procurando descifrar algunos rasgos específicos que delimitan fuertemente la experiencia temporal de los sujetos. Es útil en esta dirección, la caracterización que realiza Norbert Lechner de la temporalidad moderna.

Como señala Lechner (2002), el redimensionamiento del tiempo sucede en el marco de dos procesos: por un lado, la “**aceleración del tiempo**”, por medio de la cual la vida social adquiere una velocidad cada vez mayor, descomponiendo la estructura temporal que nos era familiar y volviendo difusos los límites de construcción del orden. “Se debilita el concatenamiento de pasado, presente y futuro mediante el cual estructuramos el tiempo y, por lo tanto, la capacidad de insertar un momento dado en una perspectiva histórica. Tanto el pasado como el futuro parecen desvanecerse” (Lechner, 2002, pag.36).

Por el otro, la “**diferenciación de temporalidades**”. Si bien el uso y la conciencia del tiempo ha variado según las categorías sociales, las experiencias subjetivas y las determinaciones económicas, “ahora, las distintas áreas de la sociedad despliegan temporalidades más específicas; los procesos productivos y las operaciones financieras, las innovaciones tecnológicas y las actividades culturales, todos los ámbitos desarrollan dinámicas y ritmos propios que obedecen a ‘programaciones’ internas. Tal diferenciación obliga a reemplazar una sincronización central por un ajuste de las velocidades y secuencias caso a caso” (Lechner, 2002, pag. 37). A pesar de que este proceso (la heterogeneidad de temporalidades) para algunos suele estar referenciado en las últimas décadas, ciertos autores como C. Dubar (2002) lo registran como una diferencia central entre la temporalidad capitalista moderna y la precapitalista. “Este nuevo tiempo de la producción, de la cooperación bajo la égida del capital, no impuso una temporalidad única en lugar de otra (la de las comunidades de

campesinos y del tiempo ‘natural’), él ha creado, en diversos niveles y bajo formas diversas, tensiones entre las temporalidades heterogéneas del tiempo de trabajo y el tiempo de la vida doméstica, del tiempo colectivo y el tiempo familiar o personal, del tiempo ‘objetivo’ y el tiempo subjetivo, etc.” (Dubar, 2002).

Al volatilizarse el pasado y el futuro y al multiplicarse las temporalidades, el presente emerge como un “presente omnipresente” (Lechner, 2002). Múltiples autores coinciden en que en este momento específico de la historia, se tiende a **privilegiar el presente** con relación a las otras dos dimensiones (pasado y futuro) que tuvieron su preeminencia tiempo atrás.

El “presente autárquico” como lo llama Z. Laidi (2000), inaugura un nuevo modo de encadenamiento con el tiempo: se trata de un presente cada vez más desaferrado del pasado y del futuro y donde los principales ejes serían la autorreferencia y la autosuficiencia. El presente autárquico no ignora ni el presente ni el futuro, tiene necesidad de ellos para construirse y desaferrarse. Sin embargo, como veremos, el hombre presente es el hombre de la contingencia (a diferencia del hombre “perspectiva” que Laidi caracteriza como el hombre de la intencionalidad y del futuro). El sentido de su ser reside en su vivencia inmediatamente perceptible y representable y no en una espera. La solidaridad del tiempo y la duración se rompe (Laidi, 2000).

La preeminencia del presente socava la tensión entre duración e innovación y la reemplaza por un solo dispositivo: la repetición (Lechner, 2002). “Cuando el tiempo es consumido como una voraz repetición de imágenes fugaces al estilo de un *videoclip*, la realidad se evapora y a la vez, se vuelve avasalladora” (Lechner, 2002, p.36).

Las nuevas tecnologías y la globalización desarrollan la experiencia de compresión del tiempo, por medio de la cual, todo parece estar reducido a un solo instante sin importar dónde estamos situados. Pero la instantaneidad, la vivencia de puntos sin dimensiones, es decir, un “tiempo cuya morfología es la de un conjunto de momentos”, al decir de Zygmunt Bauman (2003, p.127) no puede ser vivida por todos con iguales oportunidades.

Existen modos de dominación en esta experiencia del tiempo, que pasan por la rapidez de movimientos y el manejo de la impredecibilidad (en ausencia de marcos normativos desde donde generar seguridad). Como menciona Bauman, existe un acceso diferencial a la instantaneidad y a la

impredicibilidad y, por lo tanto, a la libertad. “Las personas que se mueven y actúan más rápido, las que más se acercan a la instantaneidad de movimiento, son ahora las personas dominantes. Y las personas que no pueden moverse tan rápido, y especialmente las personas que no pueden dejar lugar a su voluntad, son las dominadas (...) La batalla contemporánea de la dominación está entablada entre fuerzas equipadas respectivamente, con las armas de la aceleración y la demora” (Bauman, 2003, p.129).

La dificultad en el manejo de un presente desarticulado y por eso sin anclaje en otras instancias como pasado y futuro, expresa la **no-colonización del tiempo**, otra característica central de la experiencia temporal de los sujetos, y que no repercute en todos los grupos sociales por igual.

Los procesos mencionados terminan generando lo que señaló primeramente Kosselleck y otros autores han retomado: una profundización de la brecha entre el campo de la experiencia (es decir, “lo vivido” como adquisición del pasado devenido habitus) y el horizonte de expectativas (es decir, las aspiraciones futuras, que orientan nuestros pasos), a partir de la cual la experiencia deviene obsoleta y no sirve para orientarse, y el devenir aparece como inmodificable y no sujeto a la acción humana, es decir, se manifiesta como naturalizado (Lechner, 2002, p.64). El horizonte de espera como continuo en movimiento y gama de posibilidades que incitan a avanzar, propulsa hacia el futuro a partir de la experiencia presente y vivida, evitando encerrarse en un recorrido preestablecido. De la anulación de esta potencialidad surgen los riesgos para los procesos de cambio social y personal, en un contexto de separación y acrecentamiento de los vínculos entre experiencia y espera, intención y acción, proyecto y realización (Laidi, 2000).

El pasado amputado, el futuro diluido y el “presentismo”, es decir, la desarticulación de sentido y la conexión interna del marco temporal, **dificultan la concepción del orden**. Toda construcción del orden presupone cierto trasfondo histórico que ancla individual y colectivamente como memoria, a la vez que todo orden reivindica su duración y conquista su legitimidad cuando se afianza como un orden duradero en el cual vale la pena invertir intereses y afectos (Lechner, 2002). “Ahora bien, en la medida en que no se dispone de un campo de experiencias válidas y de un horizonte de expectativas que permita calcular, prever e interpretar los procesos sociales, aumenta el grado de contingencia” (Lechner, 2002, p.92).

La modernidad se traduce en un aumento de la complejidad social y de la rapidez con la que se producen los cambios, lo cual como hemos dicho, por un lado, desemboca en una proliferación de esferas y de tiempos sociales donde se desarrolla la vida cotidiana; y por el otro, en un acrecentamiento de la **incertidumbre** que caracteriza la proyección social e individual en el futuro.

Cuando aumenta la sensación de incertidumbre, la experiencia de desorden no brinda posibilidades de interpretación de lo que sucede a nuestro alrededor y en “nuestro interior”. Esta sensación trastorna los mapas cognitivos, no permitiéndonos pensar el ordenamiento de la realidad, y entonces la misma se vuelve opaca y poco manejable. El peligro de esta consecuencia de la temporalidad actual es que recubre la realidad social de cierto automatismo, es decir, de una **naturalización del orden social** cuyo poder normativo, además, recae diferencialmente en la estructura social. “Cuando la realidad se presenta como resultado cuasi-automático de variables que no son manejadas por los sujetos sociales –piénsese en el mercado, la globalización, los equilibrios macroeconómicos- y ello es presentado como exitoso, entonces poco sentido tiene preguntarse acerca del orden deseado. En un orden social que se autodeclara autónomo respecto de la subjetividad, parece no haber lugar para las aspiraciones” (Lechner, 2002, p.78).

Pasemos a puntualizar más en detalle las consecuencias personales y en la dimensión colectiva de construcción de la subjetividad.

3. Las consecuencias personales y colectivas de un tiempo incierto

Podemos comenzar este apartado final diciendo que las reflexiones previas acerca de las características temporales de la actualidad, son relevantes en la medida que modelizan una manera específica de construcción identitaria, y delinean una experiencia y un modo de socialización en el trabajo, cuyas consecuencias son, desde el punto de vista personal, la falta de continuidad y la ausencia de autonomía, y desde el punto de vista colectivo, la desarticulación y la ausencia de un proyecto futuro.

3.1. Las consecuencias subjetivas

Los procesos mencionados dan lugar a experiencias del tiempo con rasgos específicos y que problematizan la identidad. Entre ellos, hay varios que resultan de gran importancia desde nuestro punto de vista, por ejemplo, la “**destrucción de la experiencia**” a la que hace referencia Martin Jay (2002), como dilución moderna del espacio donde se articula lo individual y social, debido a la falta de comprensión de la concatenación de las prácticas y las temporalidades individuales y colectivas. “La experiencia es el punto nodal en la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre la dimensión compartida que se expresa a través de la cultura y lo inefable de la interioridad individual” (Jay, 2002, pag.11). A pesar de que es algo que debe ser atravesado en lugar de adquirido, puede volverse accesible para otros a través de un relato ex post ipso, que la transforme en una narrativa llena de sentido.

En la misma dirección, Paul Ricoeur (1999) apunta lo que denomina la “**crisis del relato**”, en referencia a la imposibilidad del discurso por un lado, de dar cuenta de la continuidad temporal de la persona; y por el otro, de conectar el propio relato en relatos colectivos.

Este término de Ricoeur, es igualmente señalado por Z. Laidi (2000) al referirse a que “el presente autárquico está desenganchado del relato”. La identidad narrativa que propone la temporalidad actual es la de una red dilatada hacia las fronteras del mundo. Esa red no tiene otra historia que la de la aceleración, que expresa el deseo de abolir el tiempo esperando de esta forma abolir la idea de la muerte.

La modalidad y las formas de producción de la identidad están cada vez más afectadas por la construcción de un presente autárquico. Las significaciones comunes sobre las cuales se construían identidades colectivas se sustituyen por un orden inestable y fragmentado de **riesgos compartidos**. La intencionalidad se transforma en azar, y el proyecto en precaución. Todos los símbolos de “sujeción” no son abandonados, pero ellos se encuentran sistemáticamente renegociados en el modo condicional, más fragmentado y reversible sobre el tiempo. La ciudadanía deviene entonces más utilitaria que integradora (Laidi, 2000).

De este argumento surgen las reflexiones acerca del “riesgo” y la “duda”, bien planteados por los autores de la llamada “modernidad reflexiva” como Giddens (1995), Beck (1999), o Lash (1999) con su concepto de “narcisismo”.

Esta línea argumental señala, en términos generales (y sin profundizar aquí en las diferencias que existen entre los autores) que la “reflexividad”, que resulta de la desestabilización de las estructuras que tradicionalmente contenían a las personas, conlleva un fuerte aumento de la inseguridad y la duda, además de una mayor autonomía, autodeterminación y agencia (que algunos autores como R. Castel limitarán solamente a los grupos sociales más favorecidos). Estos elementos deben “gestionarse” en un marco de estrategias individuales y en una época caracterizada por una mayor fragilidad de referentes identificatorios como consecuencia de la transformación de las relaciones más personales. Si bien se amplían las oportunidades de intimidad y expresión del yo (que faltaban en sociedades más tradicionales), esas mismas relaciones resultan más arriesgadas y peligrosas, por su carácter movedizo y abierto (Giddens, 1995). La autorreferencialidad que se genera en esta dinámica social, refuerza la “mismidad” de los sujetos. En este sentido Lash (1999) habla de una “cultura narcisista”, en la cual el sujeto presta más atención a sus necesidades y a la exaltación de sí, pero en el marco de experimentar sentimientos de vacío, discontinuidad, falta de permanencia o conexión con el mundo que lo rodea; lo cual además, y para agravar el análisis, suelen decantarse en sensaciones de impotencia y victimización.

La responsabilidad de los sujetos actuales de “**agencia**”, de hacerse responsables de sus destinos (aunque generalmente no de sus oportunidades...) es lo que intenta exponer C. Dubar (2002) al mencionar que toda identidad se enfrenta a la cuestión de la articulación de temporalidades heterogéneas, y su expresión discursiva implica elecciones, opciones, reducciones, que no permite, de todos modos, enfrentar exitosamente la irreductible incertidumbre que se deriva de las diversas identidades movilizadas.

“De este modo, la inserción de los individuos de las sociedades contemporáneas en la vida social (e inicialmente en el mercado de trabajo) exige que ellos se doten de un discurso sobre ellos mismos, sobre sus ‘competencias’ y su ‘proyecto’, sobre sus realizaciones pasadas y sus perspectivas futuras, en resumen sobre la manera cómo ellos articulan, en su discurso, las tres temporalidades (subjetiva, intersubjetiva y objetiva) precedentes. Esta puesta en escena de sí (válida en materia de pareja u otras) se ha vuelto una prueba decisiva del acceso al reconocimiento social, implicando tanto la

estima de sí, la cooperación con los otros, como la inscripción en una vida pública (empleo y ciudadanía notablemente)”⁴ (Dubar, 2002).

Los procesos de construcción de identidad exigen entonces -y más aún en la inserción en el trabajo como recorrido inicial de entrada a la vida adulta, como lo ha señalado Schehr (1999) para el caso de los jóvenes- una gestión de los acontecimientos, la incertidumbre y las temporalidades heterogéneas, a fin de, por un lado, conquistar autonomía, y por el otro, no encerrarse dentro de los límites de las temporalidades impuestas por el mercado de trabajo u otras instituciones de socialización relevantes.

En esta dirección, resulta interesante analizar estos procesos dentro del mundo laboral, preguntándose en qué medida las condiciones y los nuevos modelos de gestión del trabajo que lo enfatizan como empresa individual y privada, como un espacio de autorrealización personal, que exaltan la individualidad y los valores capitalistas de la competencia en perjuicio de un sentido compartido dentro del espacio laboral, permiten agenciarse, elaborar narrativas laborales y personales con sentido o transformar la incertidumbre, la impredecibilidad y la competencia de situaciones y puestos de trabajo fragmentados en proyectos continuidad y solidaridad dentro del ámbito laboral. Pero también si las nuevas formas de organización son propensas para la elaboración de relatos colectivos asociados al trabajo (o a su ausencia...).

3.2. Las consecuencias para la acción colectiva

Como vimos, las consecuencias de la extrema incertidumbre en el plano colectivo tienen repercusiones sobre la extensión y profundidad del horizonte temporal individual. Pero también sobre la posibilidad de ligar el sentido de su propia duración a una búsqueda de continuidad y de coherencia entre su pasado, presente y futuro, relacionándolos al mismo tiempo a un pasado, presente y futuro colectivos; y sobre la negociación para hacerse de un propio tiempo (cuya definición es diferente según cada sujeto) al interior de una red compleja de tiempos sociales que

⁴ Traducción textual de la autora de esta ponencia.

envuelven al individuo pero que sin embargo son compartidos y deben ser sincronizados⁵ (Rampazi, 1989).

En primer lugar, si las personas no se creen parte de un pasado ni de un futuro común, entonces se torna difícil la comprensión e integración de sí en un proyecto colectivo. La **imposibilidad de inscripción colectiva**, es decir, la no inscripción de los sujetos en grupos y en relatos sociales compartidos con otros es producto de la dilución temporal que resulta de un relato en crisis incapaz de hilar con sentido el pasado, el presente y el porvenir de una sociedad. Esta imposibilidad se corresponde directamente con la ausencia de proyectos unificadores a los cuales puedan adherir los individuos, imposibilidad que en definitiva sugiere la dificultad para pensar el futuro.

Las nuevas modalidades de gestión en el mundo laboral que enfatizan ideas como autonomía, responsabilidad, oportunidad, no hacen más que reforzar modos diversos de llamar a la imposición actual a partir de la cual el sistema “hace cargo” al sujeto de trazarse un recorrido independientemente de un proyecto colectivo.

La vinculación entre pasado, presente y futuro es la que permite mostrar a la sociedad como inteligible y moldeable. En esta tarea, la **memoria** como articuladora de dichas categorías temporales ocupa un papel central. La traemos a la discusión porque la memoria es un producto social, es el resultado de un esfuerzo colectivo por trazar un recorrido que entrelace acontecimientos situados en distintos puntos del tiempo. Su función es especialmente relevante, porque refiere al significado que los hechos tienen para el presente (Lechner, 2002).

Cómo juegan la memoria individual y colectiva en situaciones diferenciadas de trabajo, es un buen interrogante para analizar las experiencias de los sujetos con su actividad. ¿Qué pasa con trabajadores sin memoria de lucha vivida o heredada? ¿Qué sucede en cambio en situaciones donde el registro de una historia de trabajo positiva aunque pasada es reelaborado y transformado en organización colectiva? No es igual el peso de la inestabilidad y la precariedad laboral en trayectorias caracterizadas por rupturas biográficas de todo tipo, o para grupos que entraron por primera vez a un mercado de trabajo ya desestructurado, que para el caso de identidades

⁵ Traducción no textual de la autora de esta ponencia

profesionales fuertes, donde por ejemplo ha existido históricamente mayor corporativismo o experiencia de asociatividad

Asimismo, si la naturalización de lo social -como consecuencia de la no inteligibilidad de la realidad- domina, entonces **pierde sentido la política** en tanto elaboración colectiva de proyectos que refieren a una sociedad moldeable. El orden social no se convierte en un fin, y la experiencia de los sujetos se reduce a un aprovechamiento de las oportunidades y a un pasaje con éxito de los riesgos y las dificultades, siempre contingente e incierto. La acción se restringe a estrategias individuales y no a planificaciones colectivas.

Al igual que lo anterior, este fenómeno atenta contra el **protagonismo** que los sujetos tienen sobre su vida personal y social. La inconsistencia del futuro, expresa cierta resignación a imaginar una sociedad diferente, y a pensarse como agentes de cambio de la misma. La falta de perspectiva constituye una preocupación central de estas reflexiones por sus efectos sobre los procesos de cambio social.

La “perspectiva” como otra forma de referirnos a los proyectos como sistema de sentido que liga la proyección dentro del espacio a la proyección en el tiempo está íntimamente unida a la idea de finalidad, intencionalidad, a la reacción orientada por un “sentido” (Laïdi, 2000). Un “proyecto” es un dispositivo simbólico dentro del cual se formulan las “esperas” y se elaboran las “puestas en marcha” de lo que se quiere concretar. Es la representación por excelencia de la superación del presente por aspiración a un futuro, es el horizonte de posibilidades que parte del campo de lo real (Laïdi, 2000).

Para finalizar, si tenemos en cuenta que la **temporalidad del trabajo** ha sido una temporalidad dominante en tanto organizadora de la vida cotidiana, de las organizaciones y acciones colectivas, como de las identidades y de la sociedad en general, podemos entender que los cambios en la experiencia temporal, especialmente aquellos ligados al trabajo, son relevantes a la hora de analizar los procesos de transformación de la subjetividad.

Como campo específico de actividad, donde se reflejan, reconstruyen y resignifican estos procesos, el **campo laboral** ha sido afectado y ha incorporado estas dinámicas temporales de la actualidad. En determinadas situaciones el trabajo sometido a la desregulación, deslocalización, y sin posibilidad

de relaciones duraderas no favorece la continuidad de las biografías, ni sirve de hilo conductor para el recorrido de una vida humana (Schehr, 1999). La imagen de trabajo estable, con contrato indeterminado, la noción de “carrera” asociada a un camino duradero de movilidad y desarrollo de una persona -a lo largo de su vida- a partir de un puesto y dentro de un espacio de trabajo determinado, pierde vigencia en las condiciones actuales, y por ende resulta inasible la posibilidad de anclaje de experiencias colectivas (Lechner, 2002).

Bibliografía

- BAUMAN, Zygmunt (2003). **Modernidad Líquida**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- BOISARD, Pierre (1984). “Réduction de la durée du travail et transformations du modèle temporel” en **Temporalistes n° 2**, n° 2, <http://www.sociologics.org/temporalistes>
- BOURDIEU, Pierre (1993). **Cosas dichas**, Barcelona, Gedisa.
- CASTEL, Robert (1997). **La metamorfosis de la cuestión social**, Buenos Aires, Paidós.
- DUBAR, Claude (2000b). **La Socialisation**, Paris, Armand Colin.
- DUBAR, Claude (2002). “L’articulation des temporalités dans la construction des identités personnelles: questions de recherche et problèmes d’interprétation” en **Temporalistes n°44**, (septembre) n° 44, <http://www.sociologics.org/temporalistes>
- ELIAS, Norbert (1989). **Sobre el tiempo**, México, Fondo de Cultura Económica.
- GAULLIER, Xavier (1984). “Recherches sur le temps sociaux et les ages” en **Temporalistes n° 2**, n° 2, <http://www.sociologics.org/temporalistes>
- GIDDENS, Anthony (1995). **Modernidad e identidad del yo**, Barcelona, Península.
- GROSSIN, William (1987). “Théories et pratiques temporelles” en **Temporalistes n° 5**, n° 5, <http://www.sociologics.org/temporalistes>
- HAICAULT, Monique (1989). “Enfants et temps quotidiens: apprentissages et transmissions” en **Temporalistes n°10**, (janvier) n° 10, <http://www.sociologics.org/temporalistes>
- HALL, Stuart (1997): “Who needs identity?” en S. Hall y Paul du Gay: **Questions of cultural identity**. Sage, London.
- JAY, MARTIN (2002). “La crisis de la experiencia en la era post-subjetiva”, en **Revista Prisma**, N°6.
- LAÏDI, Zaki (2000). **Le sacré du présent**, Paris, Flammarion
- LASH, Christopher (1999). **La cultura del narcisismo**, Santiago de Chile, Editorial Andres bello.

- LECHNER, Norbet. 2002. **Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política**, Santiago, LOM Ediciones.
- RAMPAZI, Marita (1989). “Histoire, biographie, quotidienneté: les temporalités des jeunes” en **Temporalistes n°10**, (janvier) n° 10, <http://www.sociologics.org/temporalistes>
- RICOEUR, Paul (1999). **La lectura del tiempo pasado: Memoria y Olvido**, Madrid, Ed. Arrecife.
- SANSELIEU, (1988). “Identités collectives et reconnaissance de soi dans le travail”, en **L’identité au travail**, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- SCHEHR, Sébastien (1999). “La conquête de l’autonomie temporelle” en **Temporalistes n°40**, (décembre) n° 40, <http://www.sociologics.org/temporalistes>